



TRES METÁFORAS DE LA NOCIÓN DE CIUDAD DESDE LA NARRATIVA

Eduardo Loredo Guzmán. Mexicano. Estudiante del programa de Doctorado de Filosofía con orientación en Arquitectura y Estudios Urbanos. Sociólogo y Máster en ciencias con orientación en Trabajo Social por la UANL. Correo electrónico: loredux@gmail.com

Jesús Manuel Fitch Osuna. Mexicano. Profesor e Investigador Titular. Facultad de Arquitectura de la UANL. Correo electrónico: jesusfitch@hotmail.com
Av. Universidad S/N, Ciudad Universitaria, C.P. 66451 San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México Tel. (52)-(81) 83294160 Ext. 6790

RESUMEN

El presente trabajo aborda los elementos narrativos para analizar la noción de ciudad. Se considera el empleo de metáforas que facilitan el entendimiento de grandes procesos sobre la configuración histórica de las ciudades y sus procesos de desarrollo. La idea de la ciudad como un tablero de ajedrez refiere a un esquema de espacio limitado, pero con movimientos numerosos que fortalecen la unión entre el poder militar y político respaldando el absolutismo. La retórica sobre el laberinto, guarda la mística de caminos bifurcados, de opciones consagradas a regresar a su punto de origen.

La visión del laberinto como símil de las ciudades industriales enmarca el inicio de un modelo de ciudad dispersa y de extensiones lineales. Los factores subjetivos que se derivan de la experiencia del espacio vivido en la ciudad se logran situar en otro plano, ya no sólo lo anecdótico o la narración de lo inmediato, sino desde los imaginarios de la ciudad. Para detectar algunos bríos del imaginario de la ciudad se traslapa la figura del espejo, una ciudad es su reflejo, el espejo de la ciudad es algo que es, pero que también anhela ser.

Palabras clave: Ciudad, Narrativa, Metáfora.

THREE METAPHORS OF THE SENSE OF THE CITY FROM THE NARRATION

ABSTRACT

The present research aims to the narrative elements to analyze the sense of city. The use of metaphors is an important aspect to understand large processes about the historic configuration in the cities, and as well as their developments. The idea of the city as a chessboard alludes to a blueprint of limited space but with many movements to strengthen the unit of the political and military powers to support the absolutism. The rhetoric of the labyrinth keeps the mystic in forking paths with the options to come back to the starting point.

The perception of the labyrinth as a simile of the industrial cities frames the beginning of a model from a dispersed city and its linear area. The subjective causes from the experience of living in the city stablish themselves in other place, not only as a sort of collection of stories or the



immediate narration but from the city imaginaries. The shade of a mirror is overlapped to guess the spirits of the city imaginaries, the city is its reflection, something that is and wants to be.

Key words: *City, Narration, Metaphor.*

INTRODUCCIÓN: NARRAR LA CIUDAD

La ciudad no cuenta su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquina de las calles, en las rejas de la ventanas, en los pasamanos de las escaleras
Italo Calvino. Las ciudades invisibles.

Nada más áridamente fastidioso que el locus communis¹, que se hace fantasía.
Karl Marx

Los aportes narrativos se sustentan tanto por los teóricos clásicos como George Simmel y Max Weber, como de las letras consagradas de Jorge Luis Borges e Italo Calvino. En estos autores se centra la discusión, pues en ellos se relata tanto la configuración cartográfica de la experiencia de la ciudad y la memoria.

Afrontar la noción de ciudad como objeto de estudio ha sido un atractivo mayúsculo que convoca a diversas disciplinas. En esta tarea de analizar la construcción de las ciudades se emplea principalmente una visión histórica que reconfigura los procesos de las distintas civilizaciones que transformaron su espacio social. Así mismo, desde la consideración de elementos de carácter económico, los efectos en el ordenamiento del espacio presentan sus vetas evolutivas desde la concentración, el aislamiento, la ruptura y la globalización.

En el ámbito del orden social, la regulación del espacio, el ejercicio del poder y las dinámicas sociales que implica vivir en una urbe corresponden a un análisis de corte sociológico que abarca asuntos tan dispersos como las interpretaciones de las prácticas culturales (procesos identitarios), la construcción social del espacio hasta la regulación jurídica.

En este andar por los *lugares comunes* contamos con un botón de muestra que dice, pomposamente: “Aquel pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla”. Sea esto válido en un primer término, pero, faltaría precisar aquello que “Hegel ha dicho alguna vez que todos los hechos importantes en la historia universal es como si ocurrieran, digamos, dos veces. Pero omitió añadir: primero, como tragedia y después, como farsa. (Marx. 1998: 13). Entonces, como eje de nuestras prerrogativas primeras habrá que estipular cómo se ordena, o se desordena, según, la configuración de las ciudades en general y su *deconstrucción* en particular. Sea esto en forma de tragedia o en su defecto, en su fase de farsa.

En la actualidad los discursos que remiten a la Historia -con mayúsculas- soslayan a la crónica y su narrativa, al punto de señalarlas como un género menor. Los procesos históricos se analizan a gran escala, desde marcos de referencia amplios pero rígidos. La crónica es un recurso que nace de lo inmediato, de aquello que parece irrelevante, desde la cotidiana levedad de la intrascendencia. Es así que, al considerar la ciudad como texto se establece la relación con sus múltiples significados que la dotan de sentido.

“Como espacio vivenciado la ciudad es la consecuencia que emerge de la convergencia de la forma de vida urbana con la estructura física y morfológica de la urbe. Siendo vivida e interpretada por quien la observa en sus recorridos físicos o imaginarios. Presentándose dos metadiscursos que son: el de lo urbano y el de la ciudad” (Aragón Palacios: 2011, 74).

¹ Lugar común.



La narración de la ciudad es el reflejo del deseo del ser humano frente a su historia. Las ciudades resultan una obra inconclusa. Son punto de referencia para comprender el desarrollo de las fuerzas productivas. Hablar y escribir sobre la ciudad es trasladarse a un espacio vivido, a una representación de la vida en sociedad. Peter Hall (1996) señala el desarrollo exacerbado de fugacidad en que la ciudad sajona (*city*) representa un modo de organización que a su vez es causa y efecto de la industrialización. Por otra parte, Simmel (1986) escudriña en las diferencias profundas que la (gran) ciudad introduce en los fundamentos sensitivos. Se aspira no sólo a relatar la *tragedia* sino a comprenderla mediante las diferenciaciones puntuales.

Narrar la experiencia en la ciudad implica reconocer los guiños, los sobresaltos que se disipan en la cotidianidad. Los cronistas recuperan la tradición, se ensañan en lo peculiar frente al gran relato histórico. A diferencia de la historiografía que acompaña a la ciudad, el recurso de la narración bosqueja una conjetura que no limite la especialización del estudio, buscando así una voz con múltiples tonalidades.

“Antes de hablar de la ciudad recordar ciertos hechos de la historia cultural de Occidente, más exactamente, de la antigüedad griega: el hábitat humano, la *oikoumené*, tal como lo podemos entrever a través de la cartografía mental de un hombre como Heródoto, constituye un verdadero discurso, con sus simetrías, sus oposiciones de lugares, su sintaxis y sus paradigmas” (Barthes, 2009; 338).

Para comprender la ciudad es necesario señalar la pluralidad, una ciudad son muchas ciudades. Partir de ese postulado dialéctico implica así mismo asumir que muchas ciudades son *una* ciudad. Las analogías facilitan el abordaje analítico, el símil de una ciudad como laberinto dibuja su entramado, la posición de una ciudad modelada con la lógica de tablero de ajedrez refiere a su complejidad y en definitiva establecer la figura del espejo confiere ese halo universal.

LA CIUDAD Y SU ENROQUE

Si cada ciudad es como una partida de ajedrez, el día que llegue a conocer sus leyes poseeré finalmente mi imperio, aunque jamás consiga conocer todas las ciudades que contiene. Italo Calvino. Las ciudades Invisibles.

Habría que cuestionarse hasta qué punto resulta acertado ese *lugar común* que dicta que la ciudad es una nebulosa de edificios, aglomeraciones, densidad demográfica y caos. La ciudad no es sólo la acumulación de viviendas, recintos, espacios conectados, no es la suma de sus partes. “La paradoja es la misma que la del famoso grano de arena que se acumula sobre un grupo de granos dispersos: jamás puede distinguirse un grano que “haga la diferencia”; a lo sumo, lo que puede hacerse es señalar un grano y decir: “en cierto, punto, al menos antes que se agregara este, los granos ya formaban un montículo” (Žižek. 2006: 328). Al parecer ese mismo efecto se tiene con el análisis de la conformación de los espacios urbanos y de las ciudades, una paradoja sobre la clasificación según su extensión, su dinámica o su herencia cultural.

Las grandes civilizaciones occidentales que otrora maravillaron al mundo han sido reducidas a polvo, ruinas, nostalgia, relatos difusos. “El que la ciudad sea no sólo una aglomeración de casas sino, además, una asociación económica con propiedad territorial propia, con economía de ingresos y gastos, tampoco la diferencia de la aldea, que conoce las mismas cosas, aunque cualitativamente la diferencia puede ser muy grande. Tampoco es algo peculiar a la ciudad el que, además de asociación económica, sea, en el pasado cuando menos, asociación reguladora” (Weber, 2002, 944).

Si bien las civilizaciones antiguas como Egipto y Mesopotamia (*circa*, 3000 ANE) además de pertenecer a la herencia de la cultura occidental, son el referente de ciudades que se consolidaron



en términos de poder político y económico. Desarrollaron mucho más que herramientas para la agricultura y la cacería, cuentan con un bagaje cultural que les permitió desarrollar prácticas simbólicas, fortalecer un cosmovisión, y una teogonía que fundamentaron su ideario político y moral (Gordon Childe, 1954).

El concepto “revolución urbana” que desarrolla V. Gordon Childe se introduce en el estudio de la ciudad como una línea de análisis de historia económica. La “revolución urbana” se presenta en las distintas etapas del desarrollo tecnológico, una especialización del proceso de manufactura y la mejora de la técnica de los artesanos.

En esa época de cambios y transformaciones de la organización social, la ciudad se presentaba como una respuesta a la conformación del naciente comercio, se permitió el intercambio y con esto la necesidad de ampliar los caminos y las veredas a una mayor distancia, cruzando desiertos, mares para unir ciudades y conformar sociedades. “Las mercancías fabricadas por las industrias especializadas de un centro urbano, eran vendidas en los bazares de otro. En varias ciudades mesopotámicas se han hallado algunos sellos, cuentas y hasta vasijas cuyas características no son sumerias; pero que, por lo demás eran comunes en las ciudades contemporáneas del Sind y del Punjab. Estos objetos constituyen una prueba concluyente del comercio internacional que enlazaba al Tigris con el Indio, salvando una distancia de 2,000 km” (Gordon Childe, 1954, 184). Las grandes ciudades -referentes de las civilizaciones sumerias y egipcias de la antigüedad- se extendieron formando centros secundarios así sobrevivían los estragos de la guerra y las barreras de la distancia manteniendo un flujo constantes de mercancías e incluso de artesanos.

La relación con el poder dado por mandato divino dio lugar a los gobernadores urbanos que sustentaba el poder dado por una deidad, la relación con poder y territorio iniciaría su papel principal para el ordenamiento de las ciudades. “La civilización urbana no fue simplemente trasplantada de un centro a otro, sino que cada uno de ellos constituyó un desarrollo orgánico enraizado en su suelo.” (Gordon Childe, 1954, 207)

“El pritaneo es el símbolo de la ciudad”, -*penetrালেurbis* dice Tito Livio- La ciudad greco-latina antigua concentra el poder en la capital, el espacio es tomado como un lugar de comercio, de legislación, de concentración de los asuntos públicos. Se condiciona así una ciudad con un régimen que dota del derecho político a los ciudadanos libres, donde las decisiones se toman en colectivo, se concentran en la plaza pública, en el ágora. En la centena de ciudades en que se dividía la Grecia antigua se presentaba el ágora con algunas diferencias mínimas. El ágora era un referente topográfico pero también simbólico de la construcción de la ciudad. “Pero lo esencial en la constitución de la polis era, en la idea de los interesados, la confraternidad de los linajes en una comunidad cultural, la sustitución del pritaneo de cada linaje por el pritaneo común de la ciudad” (Weber, 2002, 990).

La *civitas* fue una organización de ciudadanos libres propietarios y soberanos de un territorio: la ciudad. La ciudad estaba en un sitio elegido de forma estratégica, privilegiada y ventajosa para el centro de la asociación, del poder y la administración. Las ciudades estaban conformada por unas zonas o cuarteles militares: la ciudad (*urbs*) ocupaba un espacio amurallado, con cierta periferia limítrofe (*pomerium*) que llegaba hasta el campo (*ager*). Dentro de la ciudad no se permitía más que la autoridad civil. En las ciudades de la antigua Roma, según su régimen jurídico-político presentó diversas tipologías:

- a) *Civitates Atributae*: estaban atribuidas al poder de otra colonia.
- b) *Civitates decumanae*: pagaban un diezmo de los frutos obtenidos por los poseedores de sus tierras.
- c) *Civitates foederatae*: ciudades federadas.



- d) *Civitates immunes*: vencidas por Roma, pero conservaron su Derecho privado.
- e) *Civitates latinae*: pactadas con Roma con independencia de comercio y ordenamiento urbano.
- f) *Civitates pregrinae*: conquistadas por Roma, privadas de la ciudadanía.
- g) *Civitates stipendiariae*: derrotadas por Roma y consideradas territorio del pueblo romano.
- h) *Civitates vectigales*: igual que se las *Civitates stipendiariae*, además, se pagaba una renta al pueblo romano (*Civitates vi captae*).

En este mismo breviario sobre la historia de las ciudades el comercio como factor de movimiento transformará las villas, los pequeños poblados en urbes que se conectan a partir de la apropiación del espacio. Las grandes ciudades se perfilan como el gran aparador de la cultura, del arte, de la economía, de la vida en comunidad. Este cambio no es sólo cuantitativo, es principalmente cualitativo. “Las ciudades, puntos inmóviles en el mapa, se nutren de movimientos, pues su comercio no es sino movimiento.” (Braudel, 1953, 111) La ciudad como objeto de culto se constituye como una de las creaciones humanas que mayor asombro han generado desde el visión analítica de los estudiosos. El factor del intercambio comercial es en gran medida el aliciente para la formación de grandes conglomerados, de territorios en expansión, de ciudades en crecimiento.

“El tipo de relación de la ciudad, soporte de la industria o del comercio, con el campo, suministrador de los medios de subsistencia, constituye parte de un complejo de fenómenos que se ha denominado “economía urbana” y que se ha opuesto, como una determinada “etapa de la economía”, a la cerrada o “propia”, por una parte, y a la “economía nacional”, por otra (o a una diversidad de otras etapas constituidas en forma parecida), Pero en este concepto se confunden medidas de política económica con categorías puramente económicas. La razón está en que el mero hecho de la coexistencia de comerciantes o industriales y el abastecimiento regulado de las necesidades cotidianas por el mercado no agotan el concepto de “ciudad” (Weber, 2002, 943).

Conforme a las ideas anteriores, el uso de elementos metafóricos crea una narrativa sobre la ciudad desde ángulos diversos. Por lo tanto, se puede tomar en cuenta el desarrollo de las ciudades medievales que en su mayoría reproducen un orden parecido a las posiciones en el ajedrez, pues, se concentra el poder político, militar y religioso. Para iniciar a jugar se requiere precisar las reglas, los movimientos de las piezas son limitados, la maqueta cuadrículada en blanco y negro es el destino sellado de los habitantes de la ciudad.

Pero la ciudad se transformará, principalmente cambiará su escala, adoptará la estrategia de pasar de ser un peón ahogado a combatir codo a codo con los alfiles para realizar un *fianchetto*. La ciudad, el tablero, deja de ser un sitio amurallado, con límites precisas e inicia su paso converso de retícula a espiral. “El rasgo más significativo de la gran ciudad reside en esta dimensión funcional que sobrepasa de lejos sus dimensiones concretas” (Simmel, 1986: 8). La dimensión de la ciudad se desborda, en la vorágine de libertad los poderosos, las piezas centrales, se escudan entre las torres. El tablero no es sino la representación de la ciudad desde la cartografía, el arte de hacer mapas, llevar la realidad a escalas comprensibles. La narrativa de la geografía es el recurso de elementos figurativos de la dimensión visual.

“Según Labraña (2017; 114) “Ptolomeo, de hecho, optó por el griego *graphikos* para nombrar al artífice de imágenes visuales. Este término (a diferencia del latino *pictor*) está formado por *grapho*, que significa dibujar, dejar constancia escrita. Sobre esa misma raíz se formaron otros compuestos como geografía, topografía, corografía. El Renacimiento también uso la expresión *pictura*, no obstante, aparece inevitablemente modificada, acompañada o incluso sustituida por el término descripción –*descriptio* en latín”



Los visos cartográficos de Borges, como parte de la narrativa de la ciudad desde su descripción, se ligán al *graphikos* que mediante las palabras trazas la líneas de la ciudad y convierte el espacio en un texto. Al igual que la narrativa de la ciudad desde el orden, los mapas son el reflejo de la ciudad como tablero de ajedrez. En esa misma disyuntiva se enfrenta Borges (1974) cuando – según su relato- un sujeto se dispone a dibujar el mundo entero, Después descubrirá que aquello que trazó no era sino un gran laberinto que asemejaba su cara. Es así que todo lo que le parecía familiar, que fuese posible dibujar e incorporar al gran mapa del mundo se configuró como un laberinto que asemejaba su rostro, es decir el mundo es un laberinto que nos es familiar. Pero en otra oportunidad, los delirios cartográficos de Borges expresan la *descriptio* a partir del *graphikos*, donde el perfecto tamaño de un mapa de la ciudad es la ciudad misma.

“En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia, Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él” (Borges, 1974: 847)

“El término latino *mappa* es pañuelo, servilleta” (Labraña, 2017: 126) será que es el motivo por el cual se utiliza ese lugar común que el mundo es un pañuelo, para referir a la interconectividad que existe entre los individuos en un mismo espacio. La topografía de la ciudad es una obsesión que se ha convertido en un arte, se aprecia, se disfruta ver el trazo de la ciudad de forma simbólica. Pero, “más que el dibujo, importa la narrativa. Finalmente, el mapa es una de las representaciones a conseguir, estando en el centro del interés el cifrar o formular narraciones posibles surtidas del imaginario, la vía más promisoría para cortar camino al reino de la imagen” (Méndez, 2016: 203) La ciudad se configura desde el tablero de ajedrez a un laberinto, una ciudad con nuevas rutas, con mayores movimientos, con actores libres, la gran ciudad especializada que dota al individuo de amplias posibilidades y autonomía.

LABERINTOS DE LA HISTORIA

No es, desde luego, la única ciudad que crece en círculos concéntricos, como los troncos de los árboles que cada año aumentan un anillo. Pero a las otras ciudades les queda en el medio el viejo recinto amurallado, ceñidísimo, bien apretado, del que brotan resecos los campanarios, las torres, los tejados, las cúpulas, mientras los barrios nuevos se desparraman alrededor como saliendo de un cinturón que se desanuda. Italo Calvino. Las ciudades invisibles.

Los procesos históricos como grandes sucesos de índole universal condensan una panorámica que si bien en forma aislada, resultaría más compleja. La fragmentación de acontecimientos es un recurso válido para concatenar secuencias que en su conjunto aleatorio se juzgarían inverosímiles. Es así que las siguientes líneas llevan la advertencia de encontrar un hilo conductor, no necesariamente una lógica, pero de alguna forma una escena ampliada que relata lo particular en lo general.

En el caso latinoamericano las ciudades no presentan una evolución lineal, no se cumplen los modelos en la mayoría de los casos, aunque las similitudes resultan apropiadas para dar seguimiento analítico. El pasado precolombino resulta un punto de tensión para estudiar las ciudades, si bien existen en la época previa a la conquista ciudades con territorios y población que podían equipararse a las urbes europeas el desarrollo de la tecnología y los propósitos de



convivencia en comunidades urbanas eran equidistantes. A partir de la conquista es factible cuadrar los aspectos teóricos sobre las ciudades bajo los cánones de la modernidad.

Se señalan puntos de quiebre, lugares comunes para interpretar la formación de las ciudades, un hecho de suma importancia es el decreto denominado “Real Ordenanza del Rey Felipe II”. Dichas ordenanzas dictadas en 1573 y publicadas como lineamientos hasta 1576, son el referente para realizar las fundaciones de poblados en la Nueva España. Así, bajo mandato del monarca, se pacta el descubrimiento de un territorio y se otorga un título nobiliario en función de las labores ofrecidas a la corona española. Si bien, esta fase de pacificación y ordenamiento del territorio en la Nueva España deriva no sólo de una iniciativa jurídica y administrativa, sino que es respuesta a una serie de acontecimientos en las circunvoluciones de las ciudades del viejo continente.

Vale retroceder un poco en la cronología para ofrecer una visión panorámica en que se suscribe este punto de partida histórico, pues, previo a la capitulación de la Gran Tenochtitlan la capital del imperio mexica, se viven de forma paralela condiciones que marcarán la historia en ambas latitudes. Por un lado, la guerra cruenta en que se enfrentan las comunidades indígenas en México (1519-1521) y la rebelión de los comuneros de Castilla (1520-1522) esta última responde a un primer estallido contra la monarquía. Se establece como una revolución liberal burguesa, que a su vez se desencadena de varios hechos históricos que marcarán el rumbo de España y sus ciudades. Desde la muerte de la reina Isabel la Católica (1504) la sucesión en el trono se opacó por vicisitudes identitarias, pues, el rey Carlos I -proveniente de Flandes- toma posesión de la corona con desconocimiento del idioma castellano, lo cual fuera el símbolo de la unidad territorial. A su vez, Carlos I de España, adquiere el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1520-1558) y será conocido como Carlos V. En este periodo trascendental, el siglo XVI, se organiza la hegemonía de imperios, la expansión de territorios y colonias, la unión de proyectos urbanos que permitirán en un futuro consolidar la ciudad industrial.

Son los vestigios de la globalización (económica y cultural), “siendo los movimientos de las rutas y del tráfico la base de la vida urbana, es natural que ésta sea, ante todo, una actividad comercial. Una ciudad es una empresa mercantil, y sus colonias, dispersas por los cuatro puntos cardinales colonias de mercaderes” (Braudel, 1953, 117). Las ciudades crecen en función del poder económico, adquieren cierta autonomía y reclaman para sí, desde la cúpula administrativa, el poder político. “Todas las grandes ciudades del Mediterráneo en el siglo XVI eran también, en mayor o menor grado, centros industriales (dando a esta palabra un sentido a tono con las modestas realidades del tiempo).” (Braudel, 1953, 117)

Al margen de esta disertación cabe apuntar que tratados políticos con cierta injerencia local se tornan en propuestas cruciales, tal es el caso de *De Principatibus* de N. Maquiavelo que circula desde 1531. De la obra de Maquiavelo se extraen algunas líneas que a continuación son citadas con afán de rescatar las disyuntivas que se avecinaban al instaurar un modelo de liberalismo económico en la fase del *capitalismo mercantil* con énfasis en *proceso de la acumulación originaria*.

“Pero el príncipe no puede fundarse sobre aquello que ve en tiempos pacíficos, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado; porque entonces todos corren, todos prometen, y cualquiera quiere morir por él, cuando la muerte está lejos; más en tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, entonces encuentra pocos. Y es tanto más peligrosa esta experiencia, cuanto que no puede hacerse más de una sola vez. Y por ello un príncipe sabio debe buscar un modo por el cual sus ciudadanos, siempre y en toda circunstancia, tengan necesidad del Estado y de él: y así siempre le serán fieles” (Maquiavelo. 1999: 169)



Desde ese instante Maquiavelo explica cómo sobrevivir en esa fusión de *Estado absolutista y mercantil*. Que sea, entonces, la antesala del *Estado Liberal*. Un Estado que como aparato propicie en sus vasallos la dependencia inocua. Por lo tanto, se resalta ese primer formato donde el Estado concentra el poder un centro político, un espacio físico, un territorio, una ciudad *capital*.

Cuando se enfrentan las diversas contrariedades para enunciar las tipologías del Estado se presenta un precipitado análisis, (no por eso erróneo, pero sí a destiempo), sobre el *Estado Liberal y la ciudad*. Se repasa este episodio que es la antesala de la ciudad moderna, donde la formación de la ciudad presenta la convergencia de un territorio que agrupa el poder político y el comercio a modo de génesis de la resolución asignada como ciudad industrial.

Si se quiere mantener el calificativo de liberal, es necesario no omitir ninguna clase de suntuosidad, de manera que siempre que un príncipe así haga, consumirá en semejantes obras todas sus riquezas; y tendrá necesidad al final, que quiere mantener el nombre de Liberal, de gravar extraordinariamente al pueblo y ser recaudador fiscal, y hacer todas aquellas cosas que puedan hacerse para tener dineros. Lo que comenzará a hacerlo odioso ante sus súbditos, y poco estimado por todos, pues se habrá vuelto pobre; de modo que, al haber con esta liberalidad suya ofendido a muchos y premiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente y peligrará al primer riesgo, y, al comprenderlo y querer retractarse, incurrirá súbitamente en la infamia de miserable” (Maquiavelo 1999: 231).

Al reconocer la situación histórica del siglo XVI, así como su relación geopolítica del territorio ibérico, el Mediterráneo y la Nueva España se manifiesta una falta de sincronía en los procesos del desarrollo económico, pues, por un extremo se fortalece la formación de ciudades con el auspicio de la monarquía, mientras por el otro frente de batalla suceden cambios radicales en la formación político-administrativa de las ciudades-Estado. Es el caso de la llamada “guerra de los ochenta años”, “la guerra de Flandes” (1568-1648), conflicto bélico que enfrentó al imperio de España y a los Países Bajos. Otro ejemplo más de una rebelión liberal que a la postre desplegará un modelo de ciudad compacta.

Por las consideraciones anteriores, “Las ordenanzas de Felipe II” (1573) dotan de un orden al momento de fundar ciudades, es decir de colonizar los territorios de la Nueva España. Las ordenanzas estipulan un ordenamiento urbano, que a su vez contempla la relación política de los súbditos, se adquieren derechos sobre la tenencia y propiedad de la tierra, promueve la implementación de un poder político de los peninsulares sobre los autóctonos. Aunque si bien, en una primer reforma a estas ordenanzas dada en 1680, se busca armonizar la relación entre las nacientes castas pero sin hacer cambios estructurales en la jerarquía de los conquistadores.

Como dato a la práctica de las ordenanzas de Felipe II, en el caso de la Ciudad de Monterrey, ante el Consejo de Indias se autorizó a Luis Carvajal y de la Cueva para fundar el Nuevo Reino de León en 1580, ocupando el cargo de gobernador y capitán general. Pero, debido a las imposiciones que debían de cumplirse para adquirir el título y conservar su poderío sobre el territorio era el de pacificar a las comunidades indígenas, además de profesar y enseñar la fe cristiana, por ese último rubro fue sentenciado. A Carvajal y de la Cueva se le acusó ante la inquisición sobre prácticas judaizantes, por lo cual fue condenado y despojado de sus títulos y posesiones. Lo anterior, a pesar que el propio Felipe II lo había apoyado para la conquista del territorio norteño. En relación a esto último, será Diego de Montemayor quien tome el lugar de Carvajal y de la Cueva, además de hacer cumplir las ordenanzas a cabalidad. Entre las iniciativas fueron el estructurar una ciudad en términos fortificada, valiéndose de la orografía de la zona,



implementando una construcción de la urbe en forma orientada según los puntos cardinales, como fuere la costumbre.

Las disputas por el espacio serán una constante, las formas simbólicas en que se logra la apropiación espacial son parte de las estrategias que capitulan el proceso de identidad de una comunidad. Las representaciones del espacio aportan la descripción que da pie a la metáfora del tablero de ajedrez. La lucha por la ciudad se origina al centro con los primeros movimientos de los peones, allí se enfrascan las primeras estrategias para dominar la cuadrícula. El rey está afuera de ese punto nodal de embate político. El rey, la reina y sus huestes están fuera de la ciudad, se refugian en su alcázar se aíslan en un enroque por lo que la ciudad es tomada por los peones. Inexorablemente el triunfo no es sino una victoria pírrica pues es un camino pero a su vez conforma un sendero con veta que se expande hasta formar un laberinto.

En los albores del siglo XXI la nueva escala de las ciudades latinoamericanas ha transformado la configuración territorial, presentando una evidente fragmentación donde los limítrofes son difusos. La estructura concéntrica de la ciudad se disipa conforme los proyectos de planificación de la urbe. Aunque paralelo a ese reordenamiento urbano, la organización de las prácticas cotidianas describe el desdoblamiento de la ciudad dispersa.

La ciudad acumula pliegues, modificaciones temporales, nuevos caminos. Entre tanto acoplamiento “la ciudad funcional” dictada en la Carta de Atenas es un vestigio más. Las sugerencias sobre la regionalización de los espacios de la vida económica y social se dieron en la medida de la inercia del desarrollo de las fuerzas productivas. En Latinoamérica, los proyectos de regeneración urbana se resolvieron desde los escritorios de burócratas que veían la ciudad desde lejos, sin apegos a las propias contradicciones, distanciados de la experiencia urbana. Los espacios se adaptaron a necesidades, pero que rápidamente se desbordan e inexorablemente incita a la lucha.

Los expertos, arquitectos e ingenieros, en un ejercicio de reflexión durante una etapa crucial de la humanidad como lo fue la postguerra, a la letra advertían que: “Las ciudades industriales, en vez de ser concéntricas serán lineales” (CIAM, 1957: 89). Bajo este principio se estipulaba la organización de las zonas residenciales en aras de una armonía espacial con el entorno industrial. Si bien algunos proyectos se lograron concretar (por ejemplo, la ciudad modelo de Brasilia en Brasil), pronto se demostraría en la práctica que las conjeturas sobre la organización urbana son más complejas.

Ante un cierto fulgor de pragmatismo, las dinámicas de la ciudad y la experiencia urbana latinoamericana configuraron los caminos del próximo laberinto. La amenaza también fue parte de la asesoría; “El excepcional crecimiento de la ciudad puede crear una situación peligrosa que conduzca a un callejón sin salida, del que se saldrá sólo a costa de ciertos sacrificios” (CIAM, 1957, 113). Aunque los postulados desde la visión de *expertiz* priorizaron el valor histórico, salvaguardaba la forma y el mérito estético, las grandes ciudades latinoamericanas poco a poco se despojaron de su pasado en aras de la inmediatez. “Toda ciudad está construida, hecha para nosotros un poco según la imagen del navío Argo, cada una de cuyas pieza no era una pieza original, pero que seguía siendo siempre el navío Argo, es decir, un conjunto de significaciones fácilmente legibles o identificables” (Barthes, 2009, 349). Lo efímero es un lugar común en la ciudad; los discursos de la modernidad son la tragedia anunciada, la perspectiva del progreso es la evidente farsa.

ESPIRALES DE LA NARRATIVA



La mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, no haces sino retener los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes. Italo Calvino. Las ciudades invisibles.

Los aportes de los arquitectos -urbanistas entorno a la ciudad como un organismo, la noción de la ciudad máquina donde preponderaba la función y la forma de los espacios vividos. En el siglo XXI, las prácticas urbanas dictan la forma de vida de la mayoría de los habitantes de los países “de primer mundo”. En ese mismo rumbo se encaminan las naciones denominadas en vías de desarrollo, pues adoptan la lógica de un estilo de vida que reproduce el habitar enfocado al consumo como eje rector para producir los espacios dentro de la ciudad. Es un ejercicio de construir o modificar las ciudades entorno a la simulación. La simulación de áreas verdes, simulación de exclusividad /seguridad, simulación de privilegios. Lo anterior resalta los discursos que con los cuales se han edificado grandes campañas publicitarias de agencias de inmobiliarias para prometer un sueño. Sin duda ese imaginario de la vivienda segura y de espacios confortables es la muestra de la ciudad desde el espejo.

La ciudad como espejo refleja la “experiencia urbana que pone en escena la dialéctica interminable de lo privado y lo público” (Mongin, 2006: 43). La dimensión simbólica de la ciudad se presenta desde la dispersión de los espacios que transforman la dinámica centro-periferia. Se supera, de algún modo, esa dicotomía entre el centro como sentido de ser en la ciudad y la periferia como la exclusión e inexorable destierro. Las ciudades espejo vinculan en la práctica elementos de lo global en lo local, anexan pautas para reordenar el espacio urbano según necesidades grupales. La diáspora, que anteriormente era tratada como rezago, ahora es incorporada como una tendencia para formar una multiculturalidad. El espacio público es una especie de cápsula que provoca una conexión entre los diferentes.

La ciudad espejo surge como analogía de la forma en que se vive la experiencia urbana en las grandes ciudades. “La ciudad “histórica” está en nuestro imaginario, y también en la realidad física y funcional de la ciudad actual” (Borja, 2010; 41). La ruptura con los laberintos no la exime de su lógica, se disipan los símbolos, se desean nuevos espacios pero el laberinto solo ha mutado a ser un espejo, un laberinto dentro del laberinto. La ciudad es el terreno de la lucha política, es el centro de operaciones de la vida moderna.

“La metáfora como un modo de analogía intermedia en la dialéctica de lo idéntico en lo urbano/ciudad opera dependiendo del sentido de su significación, por ejemplo cuando el observador en su narrativa le da un sentido como sinécdoque o asíndeton a sus vivencias en la ciudad. En el primer caso se construye una narrativa a partir de un fragmento de la totalidad del espacio urbano que representa al todo, en el otro caso esa totalidad se fragmenta en sus componentes para representar a la ciudad. (Aragón Palacios: 2011, 74).

Las narrativas de la ciudad se despliegan acorde a la experiencia con el *geotopo*. Se emplea “el término geotopo como neologismo para referirnos a un territorio semántico que incluya la problemática del margen y así formular una metáfora del lugar” (Weiz, 2007: 145) En las observaciones de las grandes ciudades, referidas como ciudades espejo, se trata de narrar sobre sus bordes, detallar aquellas fronteras que tornan particular lo que aparentemente es idéntico. Los discursos de las grandes ciudades recurren al lugar común de destacar sus vestigios y la sobrecarga de elementos comerciales.

El geotopo de la ciudad espejo es el *underground*, es la otra ciudad que se queda al margen, que aparece en el mapa pero en la cartografía social es borrada. El laberinto de Borges inicia en la calle de la nostalgia. “Un laberinto es una casa labrada para confundir a los hombres; su



arquitectura, pródiga en simetrías, está subordinada a ese fin (Borges, 1974; 537). Pero eso precisamente también es un espejo, es una rúbrica en el mapa. Por ejemplo, los habitantes del *underground* experimentan la *saudade* de un espacio que dejó de ser, es como una marca en la nueva ciudad, se le ha puesto al terreno una insignia en su nomenclatura que los exime de cualquier mimesis. Este sentimiento ligado al espacio y su nostalgia puede llegar a un nivel donde se rebasan fronteras, en otras partes del mundo se cimientan los barrios de algunas minorías en las grandes ciudades: Espacios encapsulados a partir de la diáspora, como el barrio mexicano en Los Ángeles, California, que cuenta con un espacio público conocido como “la cuna de los latinos” en EEUU, que muestra un elemento de un mito fundacional, en la placita Olvera se exhibe una placa donde está la nomenclatura del lugar y su relación histórica. Una versión de *saudade* por la patria que se es negada.

Los límites son difusos, los mapas son escuetos, las dimensiones de la ciudad son desconocidas. La pugna entre la memoria y el deseo dotan de otros terrenos para el combate. La ciudad espejo busca repuestas a problemáticas que son el propio arraigo de la discordia. Esquemas de acción desde las prácticas locales se tornan en máximas y pronto se replican en diversas ciudades sin análisis detallado según las características de la localidad.

Las contrariedades para conformar una ciudad segura ponen en marcha un discurso sobre la construcción de espacios cada vez más exclusivos, se proyecta una ciudad cerrada. “Es posible afirmar que esto que se generaría más allá de lo presente y visible, en la esfera de lo imaginario, tendría efectos externos visible en los ámbitos de la experiencia humana por medio, primero de las palabras, como dispositivos disparadores de concepciones y conductas y después por los rituales e imágenes (representaciones sociales)” (Narvaéz, 2019: 140) Conforme se adopta la narrativa de la ciudad violenta los espacios públicos se promueven como la válvula de escape para fortalecer las relaciones en el tejido social. Las ciudades fronterizas del norte de México son un botón de muestra de estos discursos sobre la ciudad abierta y cerrada en función de la ciudad segura versus la ciudad violenta.

Ante otras conjeturas de carácter urbano algunas ciudades han empleado técnicas y soluciones que consideradas como buenas prácticas se llevan a latitudes que en ocasiones no presentan el mismo entusiasmo y por lo tanto los resultados son exiguos. La ruptura entre la modernidad y la historia, el vínculo con una ciudad que destruye todo a su paso, por lo tanto, lo único que ofrece es comercializar las expresiones culturales como parte del escenario de la ciudad espejo. “Lo que es esencial en el caso de la gran ciudad es que su vida interna se extiende en ondas concéntricas sobre un vasto dominio nacional e internacional” (Simmel, 1986, 8). Aunque contradictorio, algunos casos de éxito han exportado la imagen de la ciudad como calco y copia. La ciudad de Medellín en Latinoamérica se le atribuye maravillas entorno a la creación de espacios seguros y contrarrestar la violencia. Las ciudades europeas que han fortalecido su sistema de movilidad sustentable, priorizando el uso de bicicletas o transporte público, son ahora parte de ese reflejo de las ciudades espejo que buscan visualizarse entorno a esos parámetros. El tiempo es el factor que muestra si estos ejemplos surten efecto positivo o son simples esquemas mal copiados que lejos están de resolver problemáticas urbanas de alto impacto.

A modo de cierre, se busca dejar puntos suspensivos sobre el uso de las metáforas para describir la morfología de las ciudades desde la narrativa. El ejercicio de narrar la ciudad permite que “la reflexión del diseñador arquitectónico aplique el término *forma de vida* para construir una articulación de articulaciones, un complejo de códigos que finalmente tienen un hilo conductor común, un sentido propio” (García-García, 2015:15) la narrativa de la ciudad favorece a la explicación de la otredad que constituye la construcción de una identidad de la vida urbana. La



idea de una ciudad espejo como metáfora de un proyecto que busca conformar espacios para todos, pero desde la declaración de la diferencia nos acerca al postulado categórico de la construcción de espacios para ejercer nuestra libertad desde el reconocimiento del otro.

REFERENCIAS

- Aragón, Palacios, M. (2011). *La ciudad y su relación de imagen y de palabra. Apuntes para el estudio de los imaginarios*. Tesis Doctoral. UANL.
- Barthes, R. (2009). *La aventura semiológica*. Barcelona; Editorial Paidós.
- Borges, Jorge Luis (1974). *Obras completas*. Buenos Aires; Editorial Losada.
- Borja, Jordi (2010). *La ciudad conquistada*. Madrid; Editorial Alianza.
- Braudel, Fernand (1953). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México DF; Fondo de Cultura Económica.
- CIAM (1957). *La carta de Atenas*. Buenos Aires; Editorial Contémpera.
- García-García, A. (2015). *Calles, barrios y de sus arquitecturas efímeras*. Monterrey: Tilde Editores- Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Gordon Childe, V. (1954). *Los orígenes de la civilización*. México DF; Fondo de Cultura Económica.
- Hall, Peter. (1996). *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Labraña, Marcela (2017). *Ensayo sobre el silencio: Gestos, mapas y colores*. Madrid; Editorial Siruela.
- Maquiavelo, N. (1999). *De Principatibus*. México DF; Editorial Trillas. [Versión original 1513]
- Marx, Karl (1998). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires; Editorial NEED. [Versión original publicado en 1852]
- Méndez Sainz, E. (2016). *El imaginario de la ciudad*. Guadalajara: CONACyT - Universidad de Guadalajara.
- Mongin, Oliver (2006). *La condición urbana*. Buenos Aires; Editorial Paidós.
- Narváez Tijerina, A. (2019). *La casa, la ciudad y la discapacidad*. Monterrey: Editorial Labýrinthos – Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Simmel, George (1986). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. *Cuadernos políticos*, número 45, México DF, Editorial Era, enero-marzo de 1986, 5-10.
- Weber, Max (2002) *Economía y sociedad*. México DF; Fondo de Cultura Económica.
- Weisz, Gabriel (2007). *Tinta del Exotismo*. México DF; Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. (2006). *Visión de paralaje*. Buenos Aires; Fondo de Cultura Económica.